DEATH IN THE CATACOMBS

By Mike W. Barr

Unos aliados improbables, la Caballero Jedi Jyl Somtay y el contrabandista adulador Naj Pandoor, deben aventurarse a las peligrosas cuevas de Geonosis para capturar a un científico rebelde y recuperar una formidable arma geonosiana.



Muerte en las catacumbas

Mike W. Barr



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Death in the Catacombs*

Autor: Mike W. Barr

Arte de portada e ilustraciones: Eric Vedder y Roberto Campus

Publicado originalmente en *Star Wars Insider 79*

Publicación del original: 2004

22 años antes de la batalla de Yavin; días después de la batalla de Geonosis

Traducción: Borthna Ferrinx

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

08.06.20

Base LSW v2.22

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

La alarma sonó un segundo después de que la Fuerza le dijera que algo andaba mal. Ella no tuvo que ver el panel de salida de su traje de seguridad para darse cuenta que habían activado otra trampa.

—¡Emboscada! —gritó la Caballero Jedi Jyl Somtay por su intercomunicador.

—¡Evacuen inmediatamente!

Detrás de ella, escuchó las rápidas pisadas de los soldados clon. Justo al frente, por entre el espeso polvo geonosiano, vio una pequeña luz, resplandeciendo más rápido con cada segundo. Retrocediendo rápidamente, saltó fuera del túnel y gritó al escuadrón de soldados…

—¡Todos al piso!

La explosión los lanzó más allá de la entrada de la caverna. Cayeron al comprimido terreno mientras la fuerza principal de la explosión, guiada por el túnel, se cernía sobre ellos.

Ella esperó unos cuantos segundos, para recuperar su aliento, se dijo a sí misma. Desde algún lugar a lo lejos, por entre el zumbido de sus oídos, se escuchó una voz.

—¿Está bien, Comandante?

—Estoy bien —dijo Jyl suavemente, levantándose y haciendo un intento fútil por desalojar el polvo rojo que parecía adherirse a todo—. Alguna víctim… oh.

A través del polvo que se asentaba, vio a un soldado clon tirado en el piso de la caverna bajo una roca liberada por la explosión. Su forma de cuña con marcas de labrado a máquina en su superficie, mostraba que había sido puesta allí deliberadamente.



Un refuerzo en caso que fallara la explosión, pensó.

—Debo ser más cuidadosa.

—Tranquilízate —dijo, arrodillándose junto al soldado—. Te sacaremos de ahí. —Invocó a la Fuerza y trató de levantar el morro para que él pudiera salir. La roca se sacudió levemente, pero eso fue todo. Llamó al resto del escuadrón, quienes llegaron y trataron de levantar el peñón.

El soldado emitió

un quejido y luego tosió ásperamente. Un tenue rocío rojo salió de las costuras de su casco agrietado.

—Aléjense —dijo, tomando su sable láser. Al presionar el botón de activación, una extraña luz turquesa iluminó la caverna. El siseo de su sable de luz no pudo ahogar la trabajosa respiración del clon. Ella comenzó por la cima del morro, cortando porciones lentamente, luego más rápidamente. Los soldados apartaban los trozos cortados hacia un lado, hasta que sólo quedó la mitad de la roca—. Ahora —dijo, reuniendo a los restantes soldados mientras ellos se acercaban—. Ya.

Con músculos y el uso de la Fuerza de Jyl, lograron levantar la roca y sacar al soldado clon atrapado. Jyl rápidamente levantó el casco del soldado.

—Traigan el botiquín —dijo.

—Demasiado tarde, Comandante —dijo uno de los otros soldados, la coraza de la armadura del soldado atrapado tenía una gran depresión en ella, y su rostro estaba inmóvil. Los otros soldados clon retiraron sus cascos uno a uno con los ojos cerrados, revelando rostros tristes idénticos al del abatido soldado.

Luego, Jyl Somtay se sentó con las piernas cruzadas sobre el piso de la Arena de Justicia, tratando de pensar en aquellos que habían muerto allí en lugar de en lo absurdo de su nombre. Un débil resplandor de luz iluminó la Arena, pero las sedientas arenas no mostraron ningún rastro de sangre de los Jedi que perecieron allí sólo días atrás. Era como si su sacrificio no tuviera más permanencia que las arremolinadas ventiscas de polvo que ondeaban en el aire alrededor de ella.

Trató de aclarar su mente, trató de contactar el espíritu de su Maestra, Lura Tranor, una de los muchos que habían pagado por su causa en esa Arena. Coleman Trebor fue otro; se había encariñado bastante con el alto vurk y ya extrañaba sus conversaciones.

—Debí haber estado ahí —pensó. Pero estaba lejos cuando 200 Jedi fueron enviados a Geonosis, entre ellos su Maestra. Nunca tuvo la oportunidad apropiada para despedirse.

Pero ahora ella estaba en Geonosis, promovida de Padawan a Caballero Jedi después de la batalla en la Arena entre la República y las fuerzas Separatistas. Sólo que era demasiado tarde para hacer nada para ayudar a su Maestra.

—¿Maestra? —dijo, débilmente. Pero no hubo respuesta.

Su meditación no tenía sentido, pero mantuvo los ojos cerrados, no confiaba en sí misma para abrirlos.

—¿Comandante? —una voz suave e insistente vino de detrás suyo—. ¿Jedi Somtay?

Jyl, finalmente notó que un soldado clon le estaba hablando, se levantó y volteó, su larga coleta rubia se sacudió tras de ella.

—¿Sí, soldado?

—La Dra. Frayne ha enviado una alerta general para usted. Quiere verla en su laboratorio.

—Gracias —dijo Jyl. Envolviéndose en su túnica, caminó hacia su caza Jedi afuera de la Arena. Se detuvo justo antes de salir, miró hacia atrás una última vez como si

buscara algo que había perdido. No vio nada sino ráfagas de arena que arrastraba el cálido viento nocturno.

Montó un orray desde su cuarto en la abandonada nave de la Federación de Comercio hasta el Laboratorio Central. En lo que desmontó a la bestia, se alejó de ella, parecía incómoda.

Jyl usó la Fuerza para atraerla y calmarla.

Sentía la Fuerza fluir por ella, a través de ella y la respiraba. Era al mismo tiempo su sirviente, su ama y su aliada.

—Calma, chico —dijo, acariciando el flanco correoso de la montura mientras el orray bramaba—. No hay nada de qué preocuparse aquí.

Mientras regresaba los saludos de los soldados clon que vigilaban la puerta principal, imaginaba que la Dra. Frayne debía usar el mismo tono con ella como ella lo hizo con el orray. La científica no parecía nada complacida con un Caballero Jedi a su lado en lo que ella insistía era una expedición científica, pero el Consejo Jedi había insistido y, después de un decreto emitido desde la oficina del Canciller Palpatine, Frayne asintió de mala gana.

Los restantes geonosianos evitaron razonablemente contacto con los invasores de la República, así que Jyl todavía no había visto uno en persona, solo holos. En lo que entró al laboratorio principal, sintió más fuerte que nunca cuánto la pequeña Dra. Frayne, que constantemente se inclinaba sobre alguna pieza de equipo analítico, mirando por unos macroanteojos que raramente se quitaba, se parecía a uno de los nativos del planeta.

—Jedi Somtay —dijo la Dra. Frayne, levantando la mirada de una lectura diagnóstica—. Gracias por venir.

—No hay de qué, Dra. Frayne —replicó, evitando que su sorpresa se le notara en la voz. El menosprecio de la doctora hacia ella parecía ser producto de su disgusto por los Caballeros Jedi multiplicado por su desprecio por la juventud de Jyl—. ¿Cómo va la investigación?

La anciana mujer suspiró.

—No tan bien como esperaba, pero mejor de lo que deseaba. Mire esto —señaló un diagnóstico holográfico de su sector del planeta, la mayoría de él con huellas verdes, incluyendo las de la reciente expedición de Jyl, con varios puntos rojos parpadeando bruscamente—. El Senado ha sido bien claro acerca de la necesidad de asegurarse que en Geonosis no quede tecnología con la que sus habitantes puedan poner en peligro a la República. Pero hoy recalibré todos los escáneres para buscar metales procesados. Observe el resultado. —Giró un dial, que causó que una de las luces rojas relampagueara más brillantemente.

Los tranquilos ojos grises de Jyl se estrecharon a manera de comprensión.

—Una fuente principal de tecnología…

—Con la que los geonosianos podrían planear un asalto en contra de nuestra ocupación —dijo Frayne, con un asentimiento.

—U otra trampa —añadió Jyl.

—Esa posibilidad existe, por supuesto. Es más, creo que estará de acuerdo en que debe ser examinada.

—Sí, por supuesto. ¿Cuándo vamos?

—Primero, dijo Frayne, me gustaría discutir con usted el asunto del soldado clon que perdió.

—¿Qué pasa con él? —dijo Jyl fríamente.

—Se me ocurre —dijo Frayne—, que un casco más fuerte pudo haberle permitido sobrevivir.

Le entregó a Jyl un casco parecido a los que portaban los soldados clon, pero con leves modificaciones.

—Este prototipo de casco ha sido reforzado en las uniones estructurales y es mucho más resistente. Me gustaría su opinión de él.

Halagada por la solicitud de Frayne, Jyl se puso el casco.

—Parece lo suficientemente confortable… —comenzó.

Demasiado tarde, Jyl consideró la insistente presencia de la Fuerza, que había tratado de penetrar su concentración. Trató halar el casco pero fue demasiado lenta. Un punzante gas salió del interior del casco, y de repente ella cayó como si un orray le hubiera caído encima.

Antes que pudiera aguantar la respiración, se desmayó.

Cuando Jyl despertó, estaba conmocionada, aunque no sorpendida, con las manos atadas detrás de ella y sin su sable de luz y su comunicador. Miró a la entrada del laboratorio y vio las figuras acorazadas de los soldados clon yaciendo inmóviles dentro y a un lado del arco principal.

Parado al lado de la Dra. Frayne estaba un hombre que ella había visto trabajar con la gente de Frayne. Su postura ligeramente inclinada escondía la anchura de sus hombros y le infundía a sus simples chaleco y pantalones el peso de las túnicas de un estudioso. Llevaba una barba que acentuaba las líneas de su rostro y suavizaba la angularidad de sus facciones. No pudo distinguir el color de sus ojos.

Miró alrededor del laboratorio. Allí, en la mesa de examinación principal de Frayne, estaba su sable de luz y su comunicador. Si solo pudiera ignorar la punzada en su cabeza y atraer su sable para cortar sus ataduras… A falta de eso, podría liberarse telequinéticamente, pero eso sería lentamente.

No hubo tiempo para ninguna de esas maniobras. La Dra. Frayne se volteó hacia Jyl, sonriendo como lo haría un niño presumido. Rió, con un sonido como de tornillos oxidados sacudidos en una lata.

—Realmente, Comandante Somtay, es demasiado ingenua para ser un Caballero Jedi, no sospechó que el casco pudo haber sido manipulado por mi colega, Naj Pandoor.

Jyl asintió.

—Déjenme… —Fue interrumpida brevemente por un ataque de tos; su garganta se sintió tosca y desusada—. Déjenme adivinar. ¿Fueron sobornados por los geonosianos para deshacerse de mí?

—Los geonosianos son conocidos por pagarle mal a sus empleados —dijo Pandoor. Su clara voz de tenor dio la impresión de civilizadas discusiones en conferencias sobre asuntos esotéricos—. Somos independientes.

—¿Somos? —dijo Jyl, mirando a Frayne.

—Pandoor al principio trató de unirse a mi expedición usando credenciales robadas de un asistente de investigación al que engañó. Cuando se descubrió su artimaña, digamos que yo lo sorprendí no acusándolo, sino pidiéndole unírmele. —Se encogió de hombros, cautivadoramente—. La República paga casi tan poco como los geonosianos.

—Es una sociedad perfecta —dijo Pandoor—. Ella puede identificar y encontrar la tecnología geonosiana que queda y yo puedo eludir el bloqueo de la República.

—Así que solo eres otro contrabandista —dijo Jyl.

—Pienso en mi mismo como un estudioso —dijo Pandoor, en un tono de ofensa



fingida.

—De hecho, Pandoor, la Jedi Somtay ha clasificado tus especies con infalible precisión de científico —dijo Frayne. Jyl y Pandoor voltearon hacia Frayne justo a tiempo para verle sacar un blaster de su espalda.

Mientras Pandoor intentó sacar su arma, Jyl intentó usar la Fuerza para arrancar el arma de las manos de Frayne, pero se demoró mucho. Sonó una vez, y Pandoor cayó. Luego sonó de nuevo.

Al despertarse esta vez, el dolor de Jyl era peor. Rodeada por una absoluta oscuridad, temió por un instante haberse quedado ciega.

Pero la Fuerza le dijo que no lo estaba, y que no estaba sola. Estaba sentada sobre una superficie compacta y dura, con alguien detrás con las manos atadas a las suyas. No faltó la intuición de la Fuerza para adivinar su identidad.

Usando una breve meditación Jedi para aliviar su dolor, Jyl volteó su cabeza y susurró:

—Pandoor, ¡despierta! —Se movió de lado a lado y finalmente el peso detrás de ella se sacudió.

—¡E-Ella me traicionó! —Su voz era áspera y chillona—. ¡La bruja me engañó!

A pesar de las circunstancias, Jyl se rió entre dientes.

—Estoy segura que no pudiste ver que esto vendría.

—Tampoco usted, Comandante Jedi.

—No sabía lo que era ella. ¿Cuál es tu excusa?

—¿La mía? Sólo quería un momento a solas contigo.

Jyl suspiró.

—Eso no ayuda.

—Tampoco esos manoteos impacientes.

—Estoy tratando de desatar tus ataduras —dijo Jyl—. Pero están muy apretadas.

—Y yo que creía que me querías tomar de las manos —replicó Pandoor.

—¿Podrías tomar esto en serio?

—Lo hago, Jedi Somtay. He decidido que la Dra. Frayne quería torturarme.

—¿Torturarte? ¿Por qué?

—Porque no nos ató frente a frente.

Jyl deseó de nuevo tener su sable de luz, aunque tenía un uso completamente diferente en mente para él.

—Me pregunto dónde estaremos —dijo Pandoor, finalmente.

—¿Hueles el aire? Es el piso, Y está húmedo. Por el eco de nuestras voces, diría que estamos en una caverna profunda. Frayne se deshizo de nosotros aquí.

—Sí, probablemente con una de esas carretas antigravedad usadas para transportar especímenes grandes. Creo que uno de nosotros ha sido insultado.

—Esa soy yo —dijo Jyl—. Dejarme aquí atada a ti.

—Me pregunto por qué nos dejó aquí en lugar de matarnos simplemente.

—Porque sabía que algo más lo haría y ella no quedaría incriminada —replicó Jyl—. ¿Oíste eso?

—No.

—¡Silencio! Prepárate para moverte cuando diga. —Automáticamente cerró los ojos, a pesar de la total oscuridad de la caverna, y se concentró. Escuchó una ligera agitación de polvo, perturbado y empujado hacia un lado. El rozar de miembros sobre el terreno indicaba que algo, muchos algos, se acercaba. Con ellos llegaban sonidos guturales de un lenguaje hablado desde lo más profundo de la garganta, sílabas entremezcladas con frecuentes clicks y paradas glotales.

Geonosianos. La Jedi intuyó que al menos quedaban varios miles de ellos. Ninguna de las fuerzas de la República los había visto, aunque la evidencia radicaba en una huella por aquí, un pequeño trabajo de sabotaje por allá…

Pandoor los escuchó. Se sacudió inquietantemente. Jyl hundió su codo en su espalda tan duro como pudo con un mínimo movimiento. Podían saber más si los geonosianos los creían inconscientes.

Algo acarició su rostro. Luego, escuchó el débil crujir de un metal, indudablemente eran armas que se desenfundaban. Eso fue todo lo que necesitaba saber.

—¡Ahora! —gritó, y se puso de pie de un salto. Pandoor la siguió, no podía hacer nada más, con sus manos atadas a las de ella, y ella fue premiada con un coro de voces, asustadas y sorprendidas por la repentina actividad.

Algo duro la golpeó, y Jyl accedió a la Fuerza, cambiándose rápidamente hacia un lado.

Algo pesado le rozó en la oscuridad, apenas errándole. Sacudió a Pandoor, sus pies golpeaban a varios de sus atacantes, sus gritos hacían tanto daño que les asustaba.

—¡Detente! ¡Ow! ¿Qué estás…?, ¡no!

Jyl sintió que la manilla que los ataba comenzaba a ceder y giró más rápido, trató de utilizar la Fuerza en el mecanismo de la cerradura. Hubo un martilleo mecánico cerca y luego, de repente, el resonante gemido de uno de los blaster sónicos de los geonosianos.

Jyl esperaba eso y se empujó para atrás, los gritos de Pandoor y los geonosianos remarcaban la incertidumbre de la maniobra. En el breve resplandor verdoso, vio el cielo raso y las paredes de la caverna cubiertas de geonosianos y más saliendo de un estrecho túnel, las alas zumbaban unas contra otras con un molesto murmullo.

—¡Oh, maldición! —gritó Pandoor, viendo la desigualdad en contra de ellos.

Finalmente, hubo un chirrido metálico, y Pandoor se separó de ella, gritando como una soprano en una ópera de Coruscant mientras cedía la manilla que los ataba. Jyl saltó hacia delante y tomó el montón de miembros más cercano. Lo que sea que haya golpeado tenía que ser un enemigo, aun cuando lo que golpearon probablemente sería un aliado. El alboroto y el bullicio de las voces geonosianas eran interrumpidos con varias expresiones que ella interpretó como gritos de dolor.



Luego ella sintió una forma larga y lisa, que se estrechaba a un punto en un extremo mientras se expandía a un gran peso en el otro. Tiró de las manos de su controlador y comenzó a balancearse. En las parpadeantes explosiones de los blasters sónicos, ella vio a Pandoor apoderarse de un arma, manipular sus controles y lanzarla rápidamente.

Del otro lado de la cámara un ruido mecánico perforó el aire, sonando cada vez más fuerte. Todo movimiento de los geonosianos cesó por un momento, luego pasaron por delante de Jyl en un flujo de cuchicheos y cloqueos imperativos.

Jyl reconoció el sonido y, esperando hasta el último instante, tomó al nativo más cercano, golpeó el extremo pesado de su arma contra su cabeza, y sostuvo su forma inconsciente entre ella y el plañido mecánico.

El blaster sónico se sobrecargó, su grito artificial culminó en una explosión que sonó más fuerte en el espacio confinado que era aquel. Jyl fue inundada por una lluvia de polvo proveniente del otro lado de la cámara.

Vio pálidas luces a través del polvo. Jyl tiró su escudo, se agachó y aceleró hacia la luz.

Incluso las estrellas del cielo nocturno a ella le parecían excepcionalmente brillantes. Emergió en una barranca entre dos de las colmenas geonosianas. Detrás de ella, escuchaba innumerables miembros retirándose al interior de la torre-colmena.

Un par de manos la agarraron. Giró, empujando el extremo filoso de su arma hacia delante.

—¡Auch! —Naj Pandoor cayó hacia atrás, su mano izquierda se extendía hacia su antebrazo derecho, desde donde ahora brotaba un copioso flujo de sangre—. ¡Estoy de tu lado!

—También lo estaba la Dra. Frayne —observó Jyl—. Voltéate y comienza a caminar. Esto no puede estar muy lejos de mi base en la nave de la Federación de Comercio. Puedo reparar un calabozo provisional.

Su prisionero la miró incrédulamente.

—¿Me estás entregando?

—¿Un contrabandista confeso cargando falsas credenciales en un planeta lleno de tecnología peligrosa? Ese juicio pasó por mi mente. Por lo que yo sé, intentaste enterrarme allá cuando sobrecargaste ese bastón sónico.

—Yo también casi me sepulto, debiste notarlo —replicó—. Pero dada nuestra posición, creí aceptable la ventaja.

Más que cualquier cosa, él parecía un cuerpo exhumado de un muladar, pero la luz de la luna suavizó la escualidez de sus facciones y sus profundos ojos le daban un aire de intriga.

—Mira —continuó—, tú me necesitas. Sé lo que tramaba Frayne. Tienes una mejor oportunidad de detenerla conmigo que sin mí.

Jyl quitó el moño de su coleta y sacudió su cabello, enviando una delicada película de polvo al aire de la noche.

—Sólo dime qué se trae Frayne y hablaré bien de ti… si es cierto.

—Eso tomará demasiado tiempo. Podría estar escapando en este momento. En mi nave —añadió, amargamente—. Al menos déjame avisarle al bloqueo de la República.

Jyl señaló.

—Por aquí. La estación de comunicaciones más cercana está en el laboratorio principal, más o menos a un kilómetro. —Partió en un ágil trote y Pandoor, después de un momento, le siguió, ahogando un gemido.

Mientras corrían, Jyl contempló el anillo planetario que parecía envolver el cielo geonosiano. Un destello ocasional de luz rompió el firmamento nocturno, seguido por un rastro de humo y un espantoso chillido mientras un colosal objeto se empotraba en la superficie del planeta.

—Asteroides del anillo del planeta —dijo Jyl, reteniendo la respiración—. Esa es una de las razones por la que muchos de los nativos viven en lo profundo de las catacumbas.

—¿Qué fue ese resplandor en el horizonte? —jadeó Pandoor—. Es bastante hermoso.

—Y letal. Tormentas de radiación. Se pueden predecir más o menos, pero si ves una venir hacia ti, cúbrete.

—En una catacumba. Con los geonosianos.

—Bonito lugar, ¿no es así? —comentó Jyl, secamente.

—Oh, no sé —replicó Pandoor, mirándola—. Tiene sus atracciones.

Minutos después, el laboratorio saltó a la vista cuando llegaron a la cima de una duna.

—Ojalá tuviéramos tiempo para conseguir ropa limpia —dijo ella—. Estoy destilando polvo por cada poro. —No quería imaginarse cómo lucía. Luego se preguntó por qué le preocupaba.

—Para mí —replicó Pandoor—, pareces un ángel.

Jyl sintió ruborizar sus mejillas.

—Un agradable conversador, también. Ustedes los contrabandistas siempre lo son.

—No me propuse ser un contrabandista.

—Conozco todas las historias. ¿Vienes de un hogar descompuesto, eres un rebelde en contra de un sistema injusto o estás ganando la cuota para sacar a tu hermana de la esclavitud?

—De hecho —dijo— era un estudiante graduado en Xenoarqueología de la Universidad de Ketaris. Pero cuando la Universidad se fue a bancarrota, se llevó mi carrera académica con ella. De la Xenoarqueología al contrabando es una ruta más directa de lo que pueda creer.

—Especialmente si pierdes las clases de Ética.

Ahora estaban en el laboratorio principal. Aunque la escotilla principal estaba abierta, el lugar estaba oscuro. De ambos los lados del corredor, Jyl vio varios destellos de luz de las consolas, pero sin movimiento. Invocando la Fuerza, no sintió vida al interior, pero no habría querido por apostar la suya en aquella suposición.

Después de varios segundos, Jyl levantó unos cuantos guijarros con la Fuerza y los arrojó al interior. Las piedras saltaron por el piso, pero no provocaron conmoción.

—Creo que es seguro —dijo Jyl, deslizándose al interior—. Ella no esperaba a que volviéramos. Un laboratorio vacío no necesariamente indica problemas. Un laboratorio con trampas atrapa-bobos, sí.

—Belleza antes que edad —dijo Pandoor.

Jyl corrió al tablero de comunicaciones y rápidamente llamó a la fragata de la República.

—No reportan intentos de atravesar el bloqueo —dijo, minutos más tarde—. Frayne aún está en el planeta.

—Eso es algo —dijo Pandoor—. Me preocupaba que hubiera hecho que la hicieran estallar.

—No pensé que estuvieras así de preocupado por ella.

—No lo estoy, pero podrían haber volado mi nave con ella.

—No tendrás ninguna necesidad de una nave adonde vas. —Pandoor no tuvo respuesta a eso.

Activando la pantalla principal, Jyl identificó rápidamente la lectura tecnológica que Frayne le había mostrado anteriormente.

—Ahí está ella.

—No realmente —dijo Pandoor, inclinándose tras de ella y operando la consola—. Ella provocó un 15 por ciento de desplazamiento diferencial en las lecturas. Puedes buscar en esas coordenadas por días y no encontrarla. —El mapa holográfico se sacudió, se puso en blanco, y luego parpadeó de nuevo, mostrando lecturas ligeramente diferentes—. Allí es donde ella está —indicó Pandoor, señalando hacia la luz más brillante.

—Más le vale —dijo Jyl—. Es un extraño lugar para un escondite de tecnología geonosiana.

—Es por eso que me necesitas. Conozco toda su operación, pero no te serviré de nada desde una celda de la República.

—Está bien —dijo Jyl, después de un largo momento—. Pero a la primera que intentes algo…

—No habrá primera vez —dijo. Pandoor lanzó una mirada alrededor del cavernoso laboratorio mientras salía—. Todo este planeta me asusta.

—Lo sé. Toda esta tecnología… pero está toda oculta, toda bajo tierra. Algo anda mal.

—¿Ves? —Pandoor sonrió encantadoramente—. Tenemos mucho en común.

—Ambos somos formas de vida basadas en carbono —replicó Jyl—. Sólo eso.

Tomaron un pequeño transporte de tropas hacia las coordenadas indicadas y se encontraron en medio de un pedazo de desierto compuesto nada más que de arena, excepto por una cosa.

—El escondite debe estar debajo de aquella estalagmita —dijo Jyl—. Vamos.

—Supongo que no servirá de nada sugerir esperar hasta que lleguen algunos soldados clon como refuerzos.

—No —dijo ella, con una sonrisa sombría—. No quiero darle a Frayne más tiempo.

—Al menos te saqué una sonrisa —dijo Pandoor, siguiendo sus huellas en la arena—. Eso es un comienzo.

La estalagmita era una enorme protuberancia de roca creada cuando el planeta estaba en sus inicios, miles de siglos antes. A pesar de su edad, su superficie parecía tan rocosa y estéril como el día en que se formó.



—Debe haber un punto de acceso —dijo Jyl, moviéndose lentamente a lo largo de la losa de roca, sus largos dedos se deslizaban por entre la escarpada superficie—. Sí, mira aquí.

Se acercó entonces a una superficie de piedra, aparentemente, la atravesó y desapareció.

—¡Hey! —dijo Pandoor, aproximándose rápidamente al mismo

punto sin encontrar nada.

—¿Dónde estás, ángel?

—Aquí —emergió la voz de Jyl, retumbando en la oscuridad. Pandoor encendió su linterna en el área, y vio que lo que parecía una curva natural de roca de hecho era dos capas, ocultando un estrecho corte de espacio entre ellas, Jyl miró el rayo de luz que bailaba ante ella—. Baja —dijo—. Frayne tiene que estar acá abajo. Y apaga esa luz, tomará mucho más tiempo para que se ajusten tus ojos.

Pandoor accedió, reticentemente. La rendija era bastante ajustada, incluso para su delgada figura. Una vez pasó la entrada la rendija se ensanchó dando hacia un corredor bastante largo de roca natural volcánica.

—Un perfecto escondite —dijo, su voz resonaba en las paredes—. Puedes esconder lo que sea aquí.

—Eso es lo que temo —replicó solemnemente Jyl—. Mantengamos las luces apagadas, y el ruido al mínimo.

—Lo que digas, ángel.

—Esa clase de ruido es la que me refiero.

—Lo siento… Jyl —dijo. Pero no sonó apenado.

Las paredes de la caverna emitían una especie de fosforescencia en la que era fácil distinguir más formas que detalles. Aun así, Jyl esperaba que él pudiera ver su ceño.

—Te dirigirás a mi como «Jedi» —dijo firmemente.

—Lo siento, Jedi Somtay.

Prosiguieron lentamente, Jyl iba adelante con la Fuerza, esperando sentir cualquier clase de vida que pudiera estar esperando adentro. Pero tratar de diferenciar entre la fauna nativa y la vida que tuviera intentos hostiles era inútil. Todo en ese planeta parecía hostil.

Justo después se oyó un choque jugoso, como si golpearan un melón.

—¿Qué fue eso? —preguntó Jyl.

—Sólo una piedra que pateé —respondió Pandoor.

—¿Estás seguro? Eso no sonó como una piedra, fue… más húmedo, como si estuviera llena de líquido o… —Estimulada por una repentina sospecha en lo que fue la Fuerza o sus instintos nativos, activó su linterna.

Allí estaba la Dra. Frayne, o al menos su cabeza.

—Fue decapitada por algo largo y filoso —dijo Jyl, después de un examen superficial—. Eso es todo lo que puedo decir sin un laboratorio. Quizás su cuerpo ofrecerá algunas pistas.

—Si lo podemos encontrar —dijo Pandoor, prudentemente, desde el otro lado de la caverna—. No quedó mucho de ella.

La única otra evidencia de que Frayne había estado presente era su equipo, que había sido esparcido por toda la cámara.

Alrededor de la caverna había manchas de sangre de varios tamaños. En la tenue luz de la caverna, la superficie de la sangre parecía moverse, como por propia voluntad. Pandoor se arrodilló para examinar ese fenómeno, pero Jyl tomó su muñeca con firmeza.

—No toques eso —dijo Jyl. Pandoor vio que la sangre estaba cubierta por lo que debía haber sido miles de pequeños insectos, pululando en lo que a primera vista parecía como un patrón aleatorio, pero era demasiado determinado para ser insignificante—. Rogas —dijo—, insectos feroces.

Pandoor asintió.

—Sí… algunos científicos especulan que los geonosianos evolucionaron de ellos.

—La evolución ya lo ha hecho bastante bien con ellos como están —replicó Jyl—. Si te abruma un enjambre, no tendrás demasiado tiempo para preocuparte. Pero ellos no mataron a Frayne.

—No, eso fue otra clase de animal —dijo Pandoor, su linterna temblaba sólo un poco—. Probablemente lo molestó en su guarida.

—Lo más probable es que fue puesto aquí para vigilar lo que los geonosianos dejaron —dijo Jyl, clasificando rápidamente los contenidos erráticamente distribuidos de una mochila—. ¿Ves?

Del otro lado de la cueva vino un familiar chasquido-siseo y un fulgor turquesa, espeluznante en la fosforescencia. Jyl volteó, sobresaltada.

—Encontré tu sable de luz, ángel —dijo Pandoor con tono muy tranquilo. Lo movía hacia atrás y delante, acostumbrándose a la torsión que el arma adquiría cuando estaba activada. Cortó una inofensiva estalactita, esparciendo sus fragmentos por toda la caverna—. Ya veo por qué ustedes los Jedi prefieren esta arma —dijo, en el mismo tono—. Es… única.

—Dame eso —exigió Jyl, arremetiendo hacia él.

Por un momento, los ojos verdes de Pandoor brillaron en el destello de la hoja de luz. Sus miradas se encontraron en la oscuridad de la caverna.

Pandoor sonrió y desactivó el sable de luz.

—Por supuesto, ángel —dijo, con una cordial sonrisa, entregándole el arma a ella.

Ella la tomó y soltó un suspiro, mientras Pandoor levantó su otra mano, mostrando su blaster.

—¿Puedo quedarme con esto? —preguntó, con exagerada cortesía.

—Me temo que lo puedes necesitar —dijo Jyl—. Sigamos, pero tengamos cuidado…

La cosa estaba sobre ellos como un viento con dientes. Su paso apresurado empujó a Pandoor a un lado, donde quedó quieto e inmóvil. Jyl se detuvo, pero de todos modos se volvió hacia ella, percibiendo su olor.

Sus dientes brillaban como cuchillos en la débil luz de la cueva. Los cuatro ojos se dilataron y se estrecharon en aquella cabeza en forma de pala, mientras sus fosas nasales se estremecían. Sus largas garras estaban completamente extendidas.

La cola del nexu se retorcía de lado a lado tan perezosamente como su actitud. Luego saltó.

Aunque ayudada por la Fuerza, Jyl apenas logró evitarlo. El siseo de su sable de luz casi se ahoga en el moderado aullido del predador que retumbaba en las paredes de la caverna.

Ella amagó hacia la derecha y luego fue hacia la izquierda, elevando su sable. Pero la criatura logró alterar su curso y el sable de luz cortó solo un centímetro de su pelaje.

El olor a pelo quemado se elevó por sobre la caverna mientras Jyl se movió cautelosamente hacia atrás, moviendo lentamente la hoja del sable de luz hacia atrás y hacia adelante.

—¿Pandoor? —susurró—. ¡Naj! —Pero no obtuvo respuesta, y no se atrevió a quitarle los ojos de encima al nexu, ni siquiera para explorar el calor que lentamente le bajaba desde la pierna. El nexu le había golpeado; ella usó la Fuerza sobre la arteria más cercana a la herida para detener el sangrado y anestesiar el dolor.

Los músculos de las patas del nexu se juntaron para prepararse a saltar de nuevo, pero justo antes de que pudiera saltar, un abrasador tiro de láser desde fuera del campo de visión de Jyl falló. La bestia se volteó, tanto confundida como enojada, hacia Pandoor, quien disparó su blaster de nuevo.

—Tu turno —dijo, avanzando hacia delante.

Jyl invocó a la Fuerza, extendiendo su mano derecha paralela al piso de la caverna. Los fragmentos de la estalactita que Pandoor destruyó se levantaron y volaron hacia el nexu, mientras Jyl avanzaba dos pasos hacia adelante.

El nexu rugía mientras ellos continuaban su ataque conjunto, girando su cabeza de un blanco al otro, confundido por la conducta de ellos.

Jyl pensó rápido. Todo lo que necesitaba para ocuparse del nexu era dar un buen tajo con su sable de luz, pero acercarse lo suficiente para atacar también la ponía en peligro. Y el nexu era probablemente más rápido que un Jedi o, al menos, más rápido que ella.

Finalmente en posición, Jyl encendió y apagó rápidamente varias veces su sable, gritándole al monstruo mientras lo hacía.

El nexu saltó hacia el blanco más ruidoso y cercano. Jyl saltó hacia delante y giró en el aire, cayendo bajo el nexu. Lo pateó, su pie le dio al nexu en las costillas y el estómago, enviándolo más allá de lo que había intentado saltar; y sin más control de su dirección.

A pesar de esta interferencia, el nexu rodó a una posición erguida en el aire, cayendo grácilmente en el piso de la caverna. Su cabeza giraba de un enemigo al otro, y luego se encogió mientras una convulsión ondeaba su ágil cuerpo. Bajó su cadera, preparándose para otro salto, entonces volteó abruptamente su cabeza y comenzó a morderse a sí mismo.

Incluso en la débil luminiscencia de la caverna, Jyl pudo ver la oscuridad extendiéndose como sombra sobre el nexu. Una criatura de instinto, sabía qué peligros tenía que evitar en Geonosis, a riesgo de morir, pero la patada de Jyl había cambiado su dirección, y había dado en un lugar que nunca se habría atrevido a ir voluntariamente.

El nexu rugió otra vez mientras los rogas arremetieron contra él, abandonando la fría sangre del piso de la caverna por una presa más fresca y cálida. El nexu se lanzaba contra las paredes de la cueva, rodando por el piso, sacándose trozos de su propia piel con sus garras, tratando de retirar la multitud de pequeños predadores que lo habían invadido.

Al otro lado de la caverna Pandoor apuntó con el blaster al nexu.

—¡No! —susurró Jyl—. ¡No le recuerdes que estamos aquí!

El nexu permaneció quieto por un instante antes de abandonar la caverna, en la más profunda oscuridad, mientras sus agonizantes aullidos finalmente se desvanecieron.

—Parece que enfrentarlo de a dos fue buena idea —dijo Jyl.

—Hacemos buen equipo —dijo Pandoor—. ¿Estás bien?

Ella miró su lesión. Una delgada línea roja serpenteaba por su pierna derecha, bordeada a ambos lados por el corte en sus pantalones, que se doblaban alejándose de la herida como un viejo pergamino.

Jyl examinó la herida, que ya había parado de sangrar.

—Fue sólo un rasguño —dijo rápidamente, apagando su sable de luz—. Vamos.

Pandoor se arrodilló ante ella y gentilmente puso sus dedos índice y medio a ambos lados de la herida, trazando lentamente el trayecto sobre las largas curvas de su pierna.

—¡Hey! —dijo Jyl, después de unos segundos, mientras retrocedía un paso.

—No hay señales de infección —dijo Pandoor, con fingida solemnidad, mientras se levantaba.

—¿Resulta que ahora eres doctor?

—En mi trabajo debes hacer un poco de todo, como ustedes, me imagino —replicó, colocándose a su lado—. Sabes que hacemos un buen equipo, y no estamos en el mismo bando. Imagínate si lo estuviéramos.

—No hay suficiente tiempo para decirte que no lo lograrías como Jedi.

—Me refería a que te me unieras. Como una contrabandista.

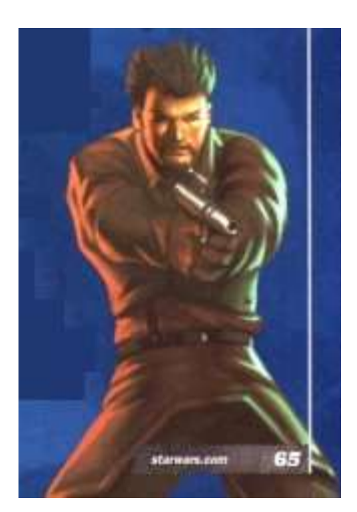
—Bromeas —dijo—. Soy una Jedi, no una ladrona. Ser Jedi es mi vida. Nunca estaría feliz en tu mundo.

—No pareces muy contenta siendo Jedi. De hecho, no te pareces a ningún Jedi de los que he visto. Es una pena. De vez en cuando esa cara de ángel debe sonreír.

—Eres todo lo que desprecio —dijo Jyl.

—Creo que puedo hacerte cambiar de idea —dijo, colocando una mano sobre su hombro.

Jyl no fue consciente de tomar su sable de luz, de encenderlo y blandir su hoja cerca de la garganta de Pandoor para que pudiera sentir su calor. Su Maestra habría estado orgullosa.



—Escucha —dijo, entre dientes— estoy aquí en una misión. Ayúdame o pelea conmigo, al menos así sabré de qué lado estás.

Pandoor llevó sus manos vacías a la altura del hombro, luego las abrió en señal de resignación.

—Lo que usted diga… Jedi Somtay.

—Bien. —Desactivó el sable de luz, dejando en silencio la catacumba.

Luego bajaron por el corredor lentamente, levantando cautelosamente las cabezas por si algún ruido de advertencia anticipaba otra amenaza. No escucharon nada, y finalmente llegaron a una cámara central toscamente tallada de donde se dividían los cinco corredores.

—Donde sea que estemos es por aquí —dijo Jyl, consultando un datapad y señalando hacia la entrada del corredor más cercano—. Y no muy lejos.

—Después de usted, Jedi Somtay —dijo Pandoor.

—Los pícaros antes que los ángeles —replicó, empujándolo hacia adelante.

Minutos después estaban parados en frente de una piedra.

—Es sólida, todo está bien, Jedi Somtay —dijo Pandoor, luego de unos cuantos segundos de probar y empujar.

—Las lecturas vienen de ahí detrás —dijo Jyl—. Es demasiado pesada para que yo la mueva con la Fuerza, pero no me gusta la idea de usar explosivos tan por debajo de la superficie…

—A mí tampoco, Jedi Somtay —dijo Pandoor. Comenzó a tentar el perímetro de la roca, donde se encontraba con la pared de la caverna.

—Esto no nos llevará a ninguna parte —dijo Jyl.

—¿Dónde está esa legendaria paciencia Jedi, Jedi Somtay? —dijo Pandoor—. Ah. —Esto se acompañó de un clic que sonó por todas partes de la caverna.

La roca se deslizó hacia un lado, revelando un destello de luz que cegó sus ojos. Ambos tomaron sus armas, después de unos segundos, se miraron mutuamente.

—¿Siente algo… Jedi Somtay? —preguntó Pandoor.

—Ya párale —dijo. La roca reveló un laboratorio completamente equipado, obviamente preparado para la investigación en armas. Una luz indirecta resplandecía de las filas de armas y componentes, estos últimos ubicados cerca de los cobertores exteriores del laboratorio y los primeros ubicados en los anaqueles de la consola central. Para el ojo entrenado de Jyl el diseño de la fábrica, arreglada concéntricamente hacia fuera de la consola central, inconfundiblemente notificaba ser el producto de la cruel eficiencia de los geonosianos.

La puerta se deslizó detrás de ellos, tal vez por alguna especie de temporizador.

Jyl avanzó lentamente, con sus ojos puestos en la consola central. Miró rápidamente hacia un lado, creyendo haber visto un indicio de movimiento fuera de su rango de visión. Pero no había nada allí. Solo son mis ojos ajustándose a la luz, pensó. En la consola central, debajo de un cubo de transpariacero, yacía un voluminoso dispositivo compuesto de un asa, unos complejos controles manuales y varios botones donde caería el pulgar del operador, y que se expandían en varios tubos estrechos.

—No lo toques —dijo Jyl, recibiendo una ácida mirada de Pandoor—. Puede estar conectado a una alarma o a un dispositivo de seguridad.

—Una extraña clase de arma —murmuró Pandoor—. Parece más bien tosca, de hecho. Y la sección central no tiene suficiente espacio para generar el disparo.

—No creo que sea un blaster.

—Entonces, ¿qué…? —La voz de Pandoor se cortó y después de un segundo, Jyl volteó.

—¿Qué hicist…? —Se detuvo, cayendo en la cuenta que estaba mirando la boquilla del blaster de Pandoor. Parecía más grande desde esa perspectiva.

Antes que pudiera realizar alguna acción, Pandoor haló el gatillo. Ella sintió la cálida carga pasar junto a su cabeza y luego detrás de ella, donde escuchó un chillido indignado.

Girando y levantando su sable de luz, Jyl vio cuatro patas, garras arqueadas, arrastrándose detrás de una vitrina alta, seguido de una cola desnuda que se había partido y quemado levemente.

—¡El nexu! —dijo Pandoor.

—No puede ser —dijo Jyl, activando su sable de luz de todas maneras—. Este es más pequeño que el que… mira esto.

Detrás de las consolas estaban las partes del esqueleto de la Dra. Frayne, completamente roídos, los destrozados restos de su traje ensuciaban el piso. Muchos de los pequeños movimientos escurridizos se alejaron cuando Jyl se acercó. Ella era consciente que muchos ojos le observaban.

Luego cayó en la cuenta, por alguna intuición o por la Fuerza.

—El nexu… era una hembra, y…

—¿Y qué? —preguntó Pandoor.

—Y una madre.

De detrás de las consolas y mostradores salieron, incitados por el valor de su número. Una camada de diez nexu, una masa de patas desgarbadas, coronada por cuerpos regordetes, avanzaba lenta e inciertamente, su curiosidad superaba el miedo.

—Oh, no —susurró Pandoor.

—Sin movimientos bruscos —dijo Jyl. Apagó el sable y avanzó lentamente hacia el nexu del frente, canturreándole lentamente, suavemente, extendiendo su mano izquierda e invocando la Fuerza—. Hey, chiquito. Nadie te hará daño. Nadie…

Un instante después, y habría perdido su mano. Como sucedió, tenía una amplia cortada al frente cuando la retiró.

El cachorro de nexu lamió la sangre que Jyl había dejado, con una larga y curva lengua, luego brincó.

Jyl encendió su sable de luz y lo movió a su alrededor en un movimiento defensivo, mientras evaluaba la situación. Al otro lado del laboratorio, Pandoor estaba disparando su blaster inútilmente a las líneas grises que le rodeaban.

Obviamente había otra entrada al laboratorio usada por los nexu, pero era obviamente inútil para Jyl y Pandoor. Tenían que salir por la entrada que llegaron, si salían del todo.

Uno de los nexu atravesó el perímetro de su sable de luz. Ella lo pateó, retirando el pie sangrante, el cuero de bantha de su bota desgarrada. El otro nexu sorbió la sangre mientras ella retrocedía. Están degustándome, pensó temblando.

Entonces, mientras vio a dos de los nexu pelearse por la última gota de sangre, se le ocurrió.

—¡Naj, distráelos! —gritó.

—¿Qué crees que he estado haciendo? —replicó él. Pero comenzó a hacer sonidos estridentes y a moverse rápidamente, una táctica que pareció funcionar. Los cachorros de nexu comenzaron a acercársele.

Jyl agudizó su concentración en la Fuerza, concentrándose no en todos los nexu, sino en el obstinado nexu que se quedó atrás, el de la cola quemada. Mientras se le acercaba, ella bajó su sable, presentando un mejor blanco.

—¡Jyl! —gritó Pandoor. Ella no estaba segura de si él la estaba viendo, o si estaba simplemente en su cabeza. Realmente no importaba. El nexu saltó y Jyl blandió su sable hacia arriba, partiendo al cachorro desde la garganta hasta la ingle. Los restos del nexu quedaron tirados en el piso del laboratorio. Jyl retrocedió y esperó.

Uno a uno, los cachorros voltearon de su poco cooperativa presa humana a la comida más cómoda para ellos. Pronto estaban comiéndose a su hermano de camada, maullando satisfechos mientras lo hacían.

—Tenían hambre —dijo Jyl—. Vamos.

Pandoor asintió, dirigiéndose a la puerta. Jyl continuó, a la salida cortó el cubo de transpariacero con su sable de luz y recuperó el arma que se hallaba dentro. Cualquier alarma que hubiera sido conectada no podía ser peor que una camada de nexu. Enganchó el arma a su cinturón, era sorprendentemente liviana, a pesar de su apariencia, y salió, mirando hacia atrás para asegurarse que los nexu aún estaban ocupados con su banquete.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Pandoor, mientras salían de la caverna.

—Es un arma sónica —dijo Jyl, sopesando el artefacto.

—¿Pasamos por todo esto por otra arma sónica?

—No solo otra —replicó Jyl—. Los sables de luz no tienen defensa contra una explosión sónica normal… hasta que determines la frecuencia del blaster. Pero creo que el circuito de éste lo habilita para variar su frecuencia automáticamente.

—Estaría muy mal si los geonosianos produjeran esto en masa —dijo Pandoor, con un leve silbido.

Jyl asintió. Se sintió de repente fatigada, y ansiosa por que la misión estuviera completa.

—Me aseguraré de transmitirle a las cortes de la República una copia de mi reporte —dijo—. No puedo ayudar, pero creo que pesaría a tu favor.

—Apreciaría eso —dijo Pandoor, displicentemente. Suspiró, luego después de un momento, sonrió—. Pero somos un buen equipo, ¿no, ángel?

—Tengo que admitir que sí —dijo Jyl, correspondiendo a su sonrisa.

Él se le acercó.

—Y yo tengo que admitir que te extrañaré.

—No lo harás —dijo ella—. Tienes que conocer a muchas chicas.

—Ninguna como tú —replicó, suavemente—. Eres diferente, Jyl.

—No lo soy —dijo ella dudosamente. Luego lanzó una tímida mirada a Naj—. ¿Lo soy?

—También lo eres. Eres especial.

Encontró su mirada y paró de sonreír. Él empujó una masa de cabello hacia su hombro con una mano y puso su otro brazo en su cintura. Inclinándose, la besó.

Su bigote le hizo cosquillas.

Luego, Naj retrocedió. Jyl abrió sus ojos y halló a Pandoor apuntando el arma sónica directamente a ella.

—Ahora ya sabes dónde estoy, ángel. Como dijiste, los sables de luz no tienen defensas contra un blaster sónico normal, mucho menos éste. Y no tengo deseos de ver cuánto peso tendrá la palabra de un Jedi en mi juicio. Pasarán años antes que te encuentren aquí. Sabes, la Dra. Frayne tenía razón, eres demasiado ingenua para ser una Caballero Jedi. Qué desperdicio.

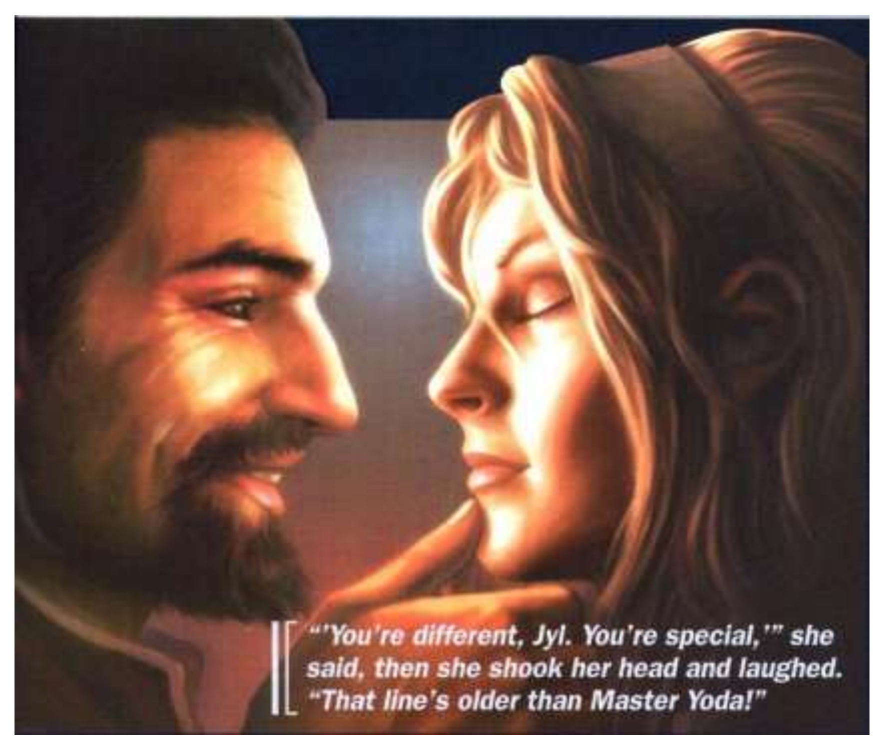
Jyl desplegó la Fuerza, pero el dominio de Pandoor sobre el arma no podía ser quebrantado por nada menos que por la caída de una roca enorme. Ella la invocó más aún.

—Creo que ya entiendo cómo usar esta cosa, ángel —dijo, mientras el arma sónica emitía un leve zumbido. Él la miró, sin rastros de una sonrisa—. Espero que no te duela.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —dijo Jyl, mirándole.

Comenzó a voltear, pero fue demasiado lento para levantar el arma.

La nexu madre, enloquecida de dolor por su infestación de rogas, chocó contra él, abriéndole un corte a su espalda mientras caía.



Jyl saltó, atrayendo el arma sónica hacia ella con la Fuerza mientras la nexu golpeaba el piso a pocos metros, reincorporándose ya para atacar de nuevo. Rápidamente cambiando la configuración, levantó el arma con ambas manos y disparó.

Un leve zumbido permeó la caverna, luego, por un momento, un silencio total. Una especie de mancha concéntrica procedente de la boquilla del arma atravesó el aire, dejando inconsciente a la nexu y a Pandoor.

Respirando fuerte, Jyl examinó a la nexu. El disparo sónico había matado a los rogas, y los poderes de recuperación de la nexu eran demasiado familiares para la Jedi. Regresaría a lo que quedaba de su camada cuando despertara, Jyl no quería estar cerca para ese reencuentro.

Tomó el cuello de Pandoor y comenzó a arrastrarlo hacia la entrada de la caverna, reconsiderando su promesa de una buena declaración para la corte de la República. Pero suspiró, y sonrió. No importaba qué otra cosa hicieran los Jedi, siempre cumplían sus promesas.

—«Eres diferente, Jyl. Eres especial» —dijo, luego sacudió la cabeza y rió—. ¡Esa afirmación es más vieja que el Maestro Yoda!

Delante de ella pudo ver la entrada de la catacumba y la luz del día que se alzaba.